DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA
BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

La Unión Vascongada

DIARIO MONÁRQUICO

Año IV. | Servicio telegráfico, postal y telefónico. Información general y regional. | Redacción, Administración é Imprenta: Loyola, X, bajo. TELÉFONO 162. San Sebastián.— Lunes 26 de Febrero de 1894. | Revistas extranjeras literarias, artísticas, industriales financieras interesantes y de salones | Núm. 896

De venta en Madrid: Calle de carretas, esquina á la de San Ricardo, puesto de periódicos

LOS LUNES LITERARIOS

Anexión de Guipúzcoa á Castilla

«¿Cuáles fueron las condiciones bajo las cuales se trató la incorporación de Guipúzcoa al reino de Castilla? Ninguno de los autores coetáneos nos lo dice; pero «es preciso convenir—como afirman los señores Marichalar y Manrique—que si los guipuzcoanos llamaban á D. Alonso con ánimo de proclamarle su rey, no sería para perder en la variación de monarca, sino para ganar en el cambio la conservación al menos, ya que no mejora, de sus fueros, usos, costumbres y libertades, conculcado todo por D. Sancho el Fuerte; y claro es que para entregar voluntariamente sus presidios, debieron preceder condiciones, garantías y pactos de no ser desaforados. Estos convenios, relativos á los usos y costumbres generales de la provincia, eran de mayor importancia que la confirmación particular de fuero á San Sebastián y otras poblaciones, y otorgamiento á las nuevas; y cuando vemos la verdad de tales confirmaciones y otorgamientos en diplomas no contradichos, con mayor razón debemos creer en la existencia del pacto de reconocimiento de fueros, usos y costumbres generales. Que este reconocimiento se hiciese en tal ó cual forma, por escrito ó verbal, comprendido en una fórmula más ó menos explícita de juramento ó empeño de la palabra real, nos es indiferente; pero lo que sí choca con las tradiciones diplomáticas de aquellos y de todos los tiempos, es que un país reconozca voluntariamente el señorío de un monarca extraño, sin promesa siquiera, ya que no juramento, uso á la sazón muy frecuente, del monarca proclamado.»

Y es de notar, en uno de los textos que he transcrito de la *Crónica* del príncipe de Viana que, al tratar de las condiciones en que se hizo la paz entre los monarcas de Castilla y de Navarra, después de la afortunada campaña de Alfonso VIII, ni una vez siquiera se menciona á Guipúzcoa; y aun cuando es cierto que se cita á Ichiar (¿Iciar?), territorio enclavado hoy dentro de nuestra provincia, también lo es que entonces no eran tan fijos ni definitivos los límites de cada una de las regiones en que se divide el país vascongado, y que Ichiar y Durango aparecen en el propio texto como formando parte del solar alavés.

Si Guipúzcoa hubiera sido conquistada, y no se hubiera unido voluntariamente á Castilla, es lógico y natural que no se dejaría de mencionarla al asentar un tratado de paz entre los dos monarcas que se habían disputado su posesión.

Decíamos antes que una de las pruebas de que la anexión de Guipúzcoa fué expontánea y voluntaria, la constituye el estado de relativa independencia y libertad en que vivió por siglos, aun después de su incorporación á Castilla. Y tan ámplias y extraordinarias fueron estas libertades de que disfrutó, que hasta en tiempo de los Reyes Católicos celebraba tratados de paz y tregua con los monarcas de Inglaterra, con los cuales sostuvo muy reñidas y prolongadas luchas marítimas durante los siglos XIII, XIV y XV. La colección diplomática de Rymer, discretamente utilizada por el laborioso Gorosabel en su laureada *Memoria sobre las guerras y tratados de Guipúzcoa con Inglaterra*, ofrece no escasos testimonios del poderío naval de los vascongados en aquel tiempo, y de la verdadera independencia con que procedía nuestro país en gravísimos asuntos internacionales. Es importantísimo entre estos tratados, y lo es especialmente para Guipúzcoa, el celebrado con Inglaterra por la Junta general de Usarraga, con fecha 9 de Marzo de 1482, en cuyos artículos se dice de una manera expresa, que si por cualquier causa hubiese guerra y represalias entre Inglaterra y Castilla, los guipuzcoanos no las harían, ni las sufrirían, permaneciendo neutrales como si formasen un estado independiente. A un pueblo conquistado no se le conceden tales prerrogativas.

Semejantes sucesos, que tienen una grande importancia para explicar la forma en que hubo de verificarse la anexión de Guipúzcoa á Castilla, no la tuvieron para Llorente. Si no le hubiera cegado la pasión, le cegara seguramente el criterio estrecho y erradísimo que imperó durante el siglo XVIII en punto á estudios históricos. Los que vivían en los días de Carlos IV, y escribían bajo las influencias entonces dominadoras, difícilmente podrían llegar á comprender cuál era el carácter distintivo de la monarquía en los días de Alfonso VIII, tan distintos de esos otros en que gobernaba, no ya la monarquía del Renacimiento, con ser asaz diversa de la monarquía de los tiempos medios, sino la monarquía de tradiciones francesas, importada á España por la dinastía borbónica: monarquía semi-asiática por la centralización de los poderes, y que no desmentía sus orígenes, al acariciar un intento cismático de iglesia nacional, remedo, sin duda, de la famosa *Declaración* del clero galicano.

¿Dónde se verificó el acto solemne que puso á Alfonso VIII en posesión de Guipúzcoa? Nada hay en la historia que pretenda suponerlo; y la vaga afirmación sin pruebas, consignada en algunos libros, de que se efectuó en Mondragón, no se presenta revestida de los suficientes caracteres de certeza, para que se la tenga por indiscutible, ni aun siquiera por probable. Los cronistas, en este punto, son excesivamente concisos, sea porque no creyesen necesario consignarlo. Y no hay fantasía adivinadora que baste á llenar esa laguna, y á dotar á la narración del ambiente y del color local que le faltan, y que le prestarían relieve, amenidad y vida.»

(De las *Investigaciones históricas de Guipúzcoa*, por D. Carmelo Echegaray.)

CUENTOS RAROS

EL OJO DEL EMIR

El emir Abon Keer había perdido un ojo en una de las batallas libradas contra los cristianos.

Los perros infieles me han de pagar esta fechoría, exclamó entre iracundo y furioso, presa de la mayor exaltación, y acto seguido dispuso que todos los prisioneros cristianos fuesen llevados á su presencia.

Dió la orden de que á cada uno le arrancaran un ojo, para tener donde elegir el que había de reemplazar al que le faltaba; pero halló el inconveniente de que ninguno servía para el caso, porque diferían mucho, en forma, color y tamaño, del único que le quedaba en la cara.

El emir Abon-Keer era lo que se llama todo un buen mozo, y precisamente lo que más embellecía su fisonomía eran sus grandes y hermosos ojos negros, tan dulces y llenos de expresión, que sus súbditos no podían concebir como con ellos, cuando se hallaba en cólera, fulminaba rayos de muerte.

Un personaje de su corte tuvo la ocurrencia de manifestar que quizás el ojo de alguna bella joven esclava podría sustituir con ventaja al que había perdido en la guerra.

La elección recayó en una lindísima esclava cristiana llamada Sancha, y sin pérdida de tiempo la presentaron al emir, quien, satisfecho de ver tanta hermosura en aquella joven, hizo una seña á su médico para que la arrancara un ojo con objeto de llenar su órbita vacía.

La pobre niña, al enterarse de tal sentencia, rompió á llorar con una desesperación grande. Sus soberbios ojos negros arrojaban un mar de lágrimas, y en el paroxismo de su dolor se golpeaba todo el cuerpo, estropeando con la intensidad de su llanto el brillo de sus envidiables órganos de la visión; cosa que tenía muy inquieto al emir, temoroso de un nuevo fracaso.

Un doctor turco, cuyo nombre era muy grande en la corte, y además muy querido del pueblo, al presenciar la escena que estamos narrando, llevado de sus sentimientos humanitarios, pidió al emir suspendiese la ejecución de su mandato hasta tanto que él le expusiese su manera de pensar en lo de la sustitución del ojo.

Sabía que la operación que se intentaba contra la pobre joven sería completamente infructuosa para llenar los deseos del feroz musulmán, y que ese hecho no causaría más que una cruelísima tortura á la infeliz cristiana, lo cual era de un barbarismo sin ejemplo.

En esta manera de proceder del sabio médico había mucho de reconocimiento hacia Sancha, que en cierta ocasión encontró al doctor turco inanimado y sin fuerzas al borde de un camino, y ella le había socorrido y alentado, y su conciencia le ordenaba cumplir aquella deuda sagrada.

Dijo, pues, á su soberano que él poseía unos ojos de cristal tan admirablemente hechos, que respondía de que ningún ser humano los podría distinguir de los naturales.

Añadió que la duración era mucho mayor y el aspecto mucho más agradable que el de los ojos de los perros cristianos, que extraidos de la órbita de su dueño, perdían en brillantez y consistencia, como había tenido ocasión de experimentarlo varias veces.

El emir quedó completamente convencido, y entusiasmado con el ojo de cristal que le ofrecía el doctor, le pidió precio.

—Señor, os lo daré en cambio de la esclava cristiana.

El emir, que juzgaba ventajosísimo el trato, se la concedió de buen grado y se hizo colocar el ojo de cristal.

Toda la corte se deshizo en grandes elogios acerca de su brillo y hermosura.

—¡Pero, si yo no veo nada con él! exclamaba el musulmán.

—Señor, es menester darle el tiempo necesario para que se haga á vuestras costumbres, respondía el doctor.

No habeis de pretender que este ojo os sirva inmediatamente como el anterior, que llevaba tantos años en vuestra órbita.

—Esperaré, dijo el emir convencido por la fuerza de este razonamiento; pero quien no esperó fué el doctor, que al día siguiente se apresuró á huir, llevándose á Sancha lejos de aquellos lugares, entregándola con toda fidelidad á su familia y á la libertad.

ODERFLA ETTIFFAL.

En el castillo de Olite

FANTASÍA

Donde la sierra termina
y la llanura comienza,
queriendo, tal vez, alzarse
tan alto como la sierra,
de Olite el viejo castillo
sus torres hendidas muestra,
en que anidan las palomas
y crecen las madreselvas.
Rotas están las ojivas
que cinceló mano diestra,
agrietado el ancho muro,
destrozadas las almenas,
los techos sin filigranas,
sin tramos las escaleras,
sin vidrios los rosetones,
las estatuas sin cabeza.
. . . . . .
Con el corazón herido
por las implacables penas,
que son como gotas de agua
que la dura roca agrietan,
hacia el castillo de Olite
dirigí mi marcha incierta,
porque ¡siempre donde hay ruinas,
habo glorias y hay grandeza!
Penetré sin que sonasen
del rastrillo las cadenas,
tampoco de los vigías
se escucharon las cornetas,
y el sol, próximo á su ocaso,
al quebrarse en las almenas,
no hirió con vivo destello
el arnés del centinela.
La mesnada del rey Carlos
no formó á la voz de alerta,
no bajaron escuderos
para tenerme las riendas,
y sin embargo, yo oía
rumores de gente inquieta,
ruido de armas, gritos vagos,
voces roncas y siniestras.
Llegué hasta la plaza de armas,
até el caballo á una reja,
traspuse el arco sombrío
de fortísima poterna,
y subiendo trespeldaños,
halléme en una escalera,
retorcida como suelen
anillos de una culebra.
Seguía el rumor, las voces
escuchábanse más cerca,
se oían gritos de júbilo,
llamadas á la pelea,
y los cuentos de las lanzas
que, al descansar en las piedras,
rojas chispas arrancando,
fuego prenden en las venas.
Mi corazón palpitaba
anhelante, con presteza
subí, de la plataforma
pisé al fin las losas negras.
. . . . . .
¿Es que el amor á la patria
me enloquece?... ¡No! ya suenan
los clarines... allá... lejos...
ya se escucha gritar ¡Guerra!...
ya el trotar de los caballos
se distingue... ya se acercan...
¡Sus! ¡Navarra!... ¡cuántas glorias
simbolizan tus banderas!

HERMILIO DE OLORIZ.
—poeta navarro—

LOS ÚLTIMOS ALIENTOS

Del libro, que estos días ha publicado en Madrid, nuestro amigo D. Alfonso Ortiz de la Torre, reproducimos el siguiente capítulo:

«*Ontares*, Septiembre, 189...

Mi queridísima María.

Nada hay más hermoso, te lo aseguro, que estas primeras alegrías que entran con la salud en la triste habitación de un enfermo. Como después de la tormenta, que ha dejado empapados de humedad muros, plantas y praderas, caen alegres los primeros rayos del sol, y quebrándose en los frescos y jugosos colores centellean en las menudas gotas de lluvia y arrancan chispas de luz, de flores y de hojas, así entra, esta serena alegría que me has enviado, en el alma empapada de sentimiento y luce un diminuto sol en cada pena y en cada dolor que la punzaron.

¡Con qué íntimo y grato placer se renace á la vida, cuando la imaginación esboza en el porvenir alegres cuadros de ventura y la luz de la esperanza los colora!

Al abandonar el lecho, donde esperaba el beso frío de la muerte, deja el enfermo en él sus dolores y el recuerdo de las horas tormentosas de la calentura, la misma imagen de la descarnada muerte se borra en la memoria y deja paso á las risueñas fantasías que forja el placer que dá el vivir.

Los actos más triviales de la cuotidiana existencia, adquieren una importancia en aquellos momentos extraordinaria; vestir otra vez aquellas ropas que abrigaron el cuerpo sano y conservan aún grato calor de vida; recorrer la habitación y mirar los objetos de distintos sitios y en otra perspectiva; conversar con las gentes en su diapasón normal, y no con aquellas voces quedas y apagadas que tanto mortifican; escuchar los mil ruidos de la casa que también parece renacer, é interesarse en las faenas y quehaceres domésticos; todo produce un inexplicable placer, todo se encuentra agradable, los manjares exquisitos, la luz alegre, confortable la estancia, los libros entretenidos y llenos de recuerdos cariñosos, los cuadros de las paredes sonrientes como buenos amigos que os felicitan, y hasta los muebles parecen haber renovado y bruñido sus barnices y adoptar posturas amables y elegantísimas.

¡Con qué inmenso júbilo se acerca á la ventana y se mira al cielo, y se ven azulear las lejanas montañas, verdeguear los prados, blanquear los caseríos, mecerse las copas de los árboles, pasar á los aldeanos que van á sus labores!... ¡Con qué envidia sigue la mirada el vuelo de los pájaros y se hunde allá, allá en el horizonte que, por ancho que sea, parece angosto al alma, deseosa de embriagarse en el perfume de la Naturaleza, de la que ha vivido tantos días desterrada!...

Entonces se echa de ver cuán hermoso es el cuadro que brinda á los ojos la propia ventana de nuestra celda.

Junto á ella te escribo estas líneas María, y más de una vez dejo holgar á mi pluma fatigada, para dar á mis ojos el recreo de este soberano espectáculo que tanto les cautiva.

Ya la escarcha hila sus finos cristales en las ramas y cuaja el rocío sus perlas entre las esmeraldas de los campos; en las pardas lomas rojean los bardales y se tornan de hermoso color de amaranto los tostados helechos; están las mieses secas, los huertos despoblados de flores: vuelan entre los giros del aire las hojas amarillas de los árboles, que muestran musculosos los desnudos miembros; el azul del cielo palidece y cae la luz cernida y vaporosa filtrada entre velos invisibles; la sierra afila los picos de su dentellada crestería y brilla en su alta frente la diadema de nieves del invierno; se apagan los brillantes matices, se funden los colores, se desvanecen los perfiles, los términos se alejan y parece extenderse el horizonte, la tierra se adormece envuelta entre misterios, y flota en los aires una dulce melancolía que convida al ensueño.

¡Cómo la siento penetrar en mi alma en mansas oleadas y empaparla en suavidad arrobadora!... Hasta el cuerpo, que, después de horrible sacudida, ha caído en una languidez y perezosa flojedad, siente que una calma bienhechora le invade y se esparce por todos sus tejidos.

¡Alma de la montaña! ¡Serena melancolía, tú eres un vago reflejo!

Al sentir su ósculo tierno y amoroso, se aplacan y aquietan en el espíritu esos deseos indefinibles de un bien apetecido, esa sed insaciable de placer que le hostiga, y esas crecientes ánsias de una vida inmortal que le empujan; el roto equilibrio de su pensamiento se restablece y se eleva sereno á los cielos, como sube una oración fervorosa hastra el trono de Dios.

Nada hay comparable á este melancólico placer que esparce en el alma un perfume exquisito, que la transporta y la eleva; al aspirarle, pequeña y ruín, parece la vida terrenal y vanos los deseos insensatos que en ella luchan, y siente el corazón que esta dulce melancolía que le llena sin oprimirle, no es más que la nostalgia del suspirado amor de los cielos. Hoy comprendo cuánto debo á tu amor, María, que me ha separado del borde de un abismo y me ha traído dulcemente hasta el firme camino que conduce á la región de la luz y de la calma.

No trae ya el otoño para mí entre sus pardas nieblas aquellas tristezas desgarradoras é inacabables que sumían en negra noche al espíritu y destilaban gota á gota en el corazón mortal veneno y sordos rencores; sé que son brumas pasajeras, como la vida, y tras de ellas verterá su luz y su rocío la primavera alegre.

Tus amores, tus castos amores, han purificado mi alma y la han mostrado el camino de la luz; quiero, apoyado en tu cariño, gozar y sufrir las dulzuras y los rigores de la vida, y seguir el surco que tu vuelo de serafín abre en el cielo.

Ya el invierno amenaza con sus crudezas nuestra tierra, el hielo endurece sus entrañas y enfría su aliento maternal; el mar se enfurece y ruge embravecido; la luz del cielo se nubla entre las brumas; emigremos como las golondrinas en busca de aire y sol donde volar, busquemos un rincón que nos sirva de refugio en tanto que el crudo invierno pase, y con las primeras templadas brisas primaverales volveremos á la nativa tierra para colgar el tibio nido donde se mezan y arrullen nuestros amores.

Adios, María, déjame que una vez más sueñe, que mire al pasado obscuro que lentamente se desvanece y se borra en la lóbrega mansión de los recuerdos; que me despida para siempre de él sin pesar y sin envidia, y hunda la mirada en la sonrosada aurora de un porvenir donde amanece de nuevo la esperanza en un cielo trasparente.

¿Quién cierra los ojos cuando los solicita desde el cielo tu imagen hechicera que por los cielos cruza?

Adios, María, adios. Tuyo siempre,

FELIPE.